

XVII.

Donde se da razon por qué queria D^a Inés de Medina que el Señorito le buscara cuatro ó seis hombres de confianza.

EN un cuarto bajo de la calle de Santa Teresa, cuya puerta estaba perfectamente cerrada, conversaban cuatro hombres que ya son conocidos para nosotros, pues que les hemos visto en la casa de Tlaltelolco.

Estaban sentados al derredor de una mesa en viejas sillas de madera, y se alegraban de cuando en cuando con una redoma llena de aguardiente que llevaban á sus labios.

—¿Qué empresa será esta?—decia el Camaleon.

—Quizá resultará como el *mentado* plan de la casa del marqués, que dias van y dias vienen y nunca llega....

—Mira, Pinacate—interrumpió el Camaleon—de eso del marqués yo estoy seguro de que se logra; pero el Señorito quiere macizar el golpe; ya tú sabes que no le quiero bien pero, sin embargo, creo en que no nos engaña.

—¿Y si le ocurre casarse con la marquesita?

—Entonces te juro por el santo de mi nombre que le *despacho* yo.

—Por ahora estamos aquí perdiendo el tiempo y son ya las doce.

—No hay por qué quejarse: todavía á mí no se me acaba lo que conseguí en las cajas de D. Antonio de Benavides.

—Ni á mí—dijo el Pinacate—pero *aseguramos* bien á los dos soldados.

—El pobre' oficial—dijo el camaleon—que se fué siguiéndome para prender al *Tapado*, y en todo el camino me preguntaba:—¿Estamos cerca? ¿estamos cerca?—Ayer le encontré.

—¿Y te conoció?

—Imposible.

—Llaman á la puerta—dijo otro de los bandidos.

—El Camaleon se levantó y abrió.

El Señorito se presentó seguido de una dama: todos los hombres se pusieron en pié y se quitaron respetuosamente los sombreros.

—Cerrad—dijo imperativamente la dama.

El Camaleon obedeció.

—Tomad ese candil y seguidme todos—dijo.

El Camaleon tomó el candil que estaba sobre la mesa y todos se dispusieron á seguir á la dama.

Se dirigió ésta á una puerta que habia en el fondo de aquella estancia, la abrió y se encontraron todos á poco andar en el patio de una gran casa.

Aquella casa venia, por decirlo así, á formar ángulo con la que habitaba D^a Laura en la calle del Reloj, y aquella casa estaba desierta.

Subieron la escalera, atravesaron varias habitaciones y llegaron hasta una azotehuela.

Allí se detuvo la dama.

—Escuchad—dijo—lo que vais á hacer; aquí teneis una escalera que colocada junto á ese muro os dará la subida para la azotea; subireis todos: una vez arriba, tirareis de la escalera, porque os servirá para bajar á la casa contigua; en esa casa hay una dama hermosa, sola; os apodareis de ella y la conducireis hasta aquí: en cuanto á los criados, atadlos ó matadlos, como mejor os parezca: sobre todo, nada de robar, yo pago el servicio y pago bien, ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—Hacedme la gracia, D. Guillen, de acompañarles—dijo la dama—vos que conoceréis mejor á la dama, y que comprendéis mejor mis intenciones.

—Y vos, señora; ¿cómo os quedais?

—No os dé pena, que no tengo miedo.

Los hombres comenzaron á subir con gran precaucion. El Señorito subió el último.

La dama les contempló hasta que levantaron la escalera y desaparecieron: entonces con la mayor tranquilidad se apoyó en la barda de la azotehuela y se puso á mirar para el patio que estaba enteramente sumido en la mas negra oscuridad.

Sin duda sus meditaciones la preocupaban completamente porque mas de media hora no se movió, hasta que un ligero ruido por la azotea vino á llamar su atencion.

La escalera volvió á ser colocada; bajó primero un hombre que se puso luego á sujetarla, y despues otros dos, que con gran trabajo y peligro traian cargando un cuerpo que parecia ser una mujer.

—Hemos llegado—dijo el Señorito.

—Veré si es ella—esclamó la dama entrando por el can-

dil que habia dejado en el aposento contiguo é iluminando el rostro de la otra dama.

—Es D^a Laura—dijo—¿se ha desmayado?

—Sí, señora.

—Mejor.

—Sin embargo, tiene mordaza—dijo el camaleon.

—Vámonos—dijo la dama.

El Pinacate, por precaucion quitó la escalera, y la arrojó al patio.

Aquella comitiva fantástica, llevando en hombros á D^a Laura, atravesó de nuevo la casa hasta llegar á la puerta de la calle.

—De aquí en adelante, solo dos para llevar la carga—dijo la dama—los otros á su casa, y D. Guillen pagará.

Nadie respondió: el Camaleon y el Pinacate tomaron á D^a Laura, el Señorito apagó el candil y cerró la casa con llave.

La dama comenzó á caminar rápidamente seguida de los hombres que llevaban á D^a Laura, y de D. Guillen.

Caminaban en línea recta hácia el Oriente, y no se detuvieron hasta llegar al canal.

Allí esperaba una canoa con dos remeros.

—Poned adentro de la canoa á esa mujer y retiraos—dijo la dama.

Los dos hombres obedecieron, y D^a Laura quedó acostada en el fondo de la canoa.

El Señorito se embarcó, ofreció su mano á la dama para ayudarla á entrar, y la canoa se desprendió suavemente de la orilla.

El Camaleon y el Pinacate la vieron partir, y se retiraron tranquilamente.

La canoa se dirigia hácia el Sur, y bogó por mas de un cuarto de hora, hasta que se detuvo frente á la casa del marqués de Rio-florido.

La dama desembarcó la primera; siguióle el Señorito que ató la canoa á una argolla de hierro que habia con ese objeto en la escalera y luego los dos remeros salieron conduciendo á D^a Laura que comenzaba á volver en sí.

La dama abrió la puerta y se descubrió: era D^a Inés de Medina.

Penetraron todos en la casa, y en el gran patio en que tenian sus citas amorosas D^a Inés y el Señorito, abrió aquella una puerta que daba entrada á una gran troje, que era una larga galería de bóveda.

D^a Inés tomó un farol que habia dentro, encendió una pajueta y prendió la mecha.

—Tomad—dijo entregando el farol á D. Guillen—y oidme, ¿veis esto?—y le mostraba una especie de nicho labrado en el espesor del muro.

—Sí—dijo D. Guillen.

—Aquí mandad poner á esa mujer, y que fabriquen inmediatamente la pared que debe cubrir esa entrada, pero teniendo cuidado de no cerrar enteramente hasta que yo no hable con ella; quédele el rostro descubierto; y esperadme, que pronto vuelvo.

D^a Inés salió y D. Guillen hizo conducir allí á D^a Laura, teniendo antes la precaucion de cubrir su rostro con un antifaz de terciopelo, como estaban los de los dos remeros.

El nicho que habia en el muro era una especie de alacena profunda, pero de la altura de un hombre: cerca de ella se veian piedras y mezcla, todo dispuesto para levantar rápidamente una pared.

D. Guillen hizo una seña á los dos remeros, y ellos entonces pusieron á D^a Laura de pié dentro del nicho.

La infeliz no podia hablar porque tenia una mordaza, y miraba casi sin comprender todo aquello.

Permaneció en pié y sin moverse hasta que los hombres comenzaron á levantar la pared: entonces ella quiso huir de allí, pero D. Guillen la sujetó por los hombros, y la tuvo así como clavada contra la pared, á pesar de los esfuerzos de la desgraciada, hasta que el nuevo muro llegó á la altura de su pecho.

Entonces la dejó, pero D^a Laura no podia ya defenderse ni salir, y el muro seguia subiendo con una rapidez desesperante.

XVIII.

De lo que pretendia D^a Inés de D^a Laura, y de lo que consiguó.

UBIA rápidamente el muro que fabricaban los criados de D^a Inés de Medina, y llegó por fin á no dejar descubierto mas que el rostro de D^a Laura. Entonces D. Guillen, que presenciaba silenciosamente la operacion, hízoles señal de que se retirasen, y quedó solo con la emparedada.

D^a Laura no jemia; miraba solo con asombro al Señorito, que permanecia en pié delante de ella, cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo y teniendo en la mano el farol que habia alumbrado la operacion.

Pocos momentos despues se escuchó el rumor de unos pasos y el crujir de una falda de seda, y D^a Inés penetró en el espacio iluminado que bañaban los rayos de la luz del farol.

Traia el rostro cubierto tambien con una mascarilla.

D^a Laura la miró con cierta curiosidad mezclada de asombro; creia estar soñando.

D^a Inés llevaba descubierto el cuello y mostraba parte

de su bellissimo seno; vestia un rico traje de brocado azul y blanco, y á pesar del antifaz, cualquiera habria podido adivinar que era una mujer hermosa.

—¿Quedó bien así?—dijo el Señorito alumbrando el muro y el rostro de D^a Laura.

—Sí, amor mio—contestó D^a Inés, y como si se hubiera preocupado muy poco de que D^a Laura la miraba, acarició coquetamente y como para dar las gracias al Señorito.

D^a Laura seguia observando sin lanzar una sola queja.

—Quítale la mordaza—dijo D^a Inés.

El Señorito metió los brazos por el agujero del muro y desató la mordaza que tenia aun D^a Laura.

La pobre dama aspiró con delicia el aire que penetraba entonces mas libremente á sus pulmones.

—Ahora, podemos hablar—dijo D^a Inés—y si os conviene contestarme, podeis hacerlo con entera confianza, pero os advierto que si os negais á lo que tengo que pedir, en un momento el muro acabará por cerrarse enteramente, y ya sabeis lo que eso quiere decir; al paso que si sois dócil, yo os pondré libre y en estado de volver á ser feliz.

D^a Laura calló.

—Escuchadme, señora, habeis recibido de manos de uno de vuestros amigos, unos papeles que pertenecian, ó mejor dicho, que pertenecen al marqués de San Vicente; entregadme esos papeles, decidme al menos en dónde están y quedareis libre.

D^a Laura sintió en su corazon un dolor horrible, porque su primera idea fué que D. Lope la habia traicionado, que él tenia parte en aquella trama infernal.

—Hablad, señora; ¿en dónde están esos papeles?

—No lo sé, ni sé quién sois vos para exijírmelos.

—D^a Laura—continuó fingiendo una gran dulzura D^a Inés—mirad que nada conseguiríais con negármelos, yo tengo seguridad de que una persona os ha entregado esos papeles.

—¿Y quién es esa persona?—dijo D^a Laura.

—Nada tengo yo que contestaros, que aquí solo á mí corresponde el papel de juez. ¿En dónde teneis esos papeles?.

—No sé.

—¿No sabeis, ó no quereis decir?

—No quiero decir. ¿Quién sois vos, mujer infame, para exijirme de esa manera semejante confesion?

—¿Quién soy yo?—esclamó D^a Inés dejándose arrastrar de su carácter violento—¿quién soy yo? ya me lo habeis preguntado dos veces, y no quiero dejaros ya en la duda porque estoy resuelta á obtener de vos esos papeles, ó á dejaros morir de hambre entre esas paredes; ¡mirad quién soy! recordadme, D^a Laura!

D^a Inés arrancó violentamente con una de sus manos el antifaz que encubria su rostro, al mismo tiempo que con la otra quitó el farol al Señorito, y le alzó hasta la altura de la cabeza.

D^a Laura la reconoció en el momento y lanzó un grito de horror esclamando:

—¡D^a Inés! D^a Inés!

—Sí, D^a Laura; D^a Inés soy, y ya podeis comprender si me dejaré burlar por vuestra resistencia.

—Oh! ya comprendo, ya comprendo de todo lo que sois capaz; vos, la mujer infame que denunció á D. José de Mallades; vos, la causa de su ejecucion; apartaos, monstruo, que aun miro en vuestra frente y en vuestras manos la sangre de la víctima....

D^a Inés, ante aquel recuerdo, evocado así repentinamente por D^a Laura, á quien creia ignorante de todo, se puso pálida y vaciló.

—Infame, cien veces infame—continuó D^a Laura con terrible exaltacion—te desprecio: mátame, cierra de una vez este muro; la pared misma que me separará para siempre del mundo y me cause la mas horrorosa de las muertes, será bendita para mí porque me libraré para siempre tambien de tu odiosa presencia....

—¿Conque es decir—esclamó D^a Inés sintiendo una especie de reaccion de odio y de furor—es decir que tú conoces ese secreto? pues bien, despídete para siempre de toda esperanza; morirás, morirás, desgraciada, pero no como tú crees, no, ese muro no se cerrará: así, así procuraré prolongar tu vida y tu agonía; porque no sé la razon, pero te he odiado siempre instintivamente con toda la fuerza de mi alma, y temblaba ante la idea de que tú pudieras declarar en dónde estaban los papeles del marqués; esto me habria obligado á ponerte en libertad, cuando lo único que yo anhelaba era tu muerte.

—Esos papeles, ¡jamás llegarán á tu poder!

—Aun cuando perdiera toda mi fortuna no me importaria como tú estuvieras en mi poder; pero así como te tengo, para poder martirizarte á mi entera satisfaccion, para poder gozarme en tu agonía: porque instintivamente, te lo repito, tú has sido siempre el grande odio de mi vida.

—Y yo te desprecio; desprecio tu odio y tus amenazas, y tus tormentos y la muerte misma que me venga de tu mano, y reiré siempre de tí como ahora rio, y como reia cuando no alcanzaste en premio de tus artificios vulgares, mas que el desprecio de D. Fernando de Valenzuela.

D^a Laura, como una loca, lanzó una carcajada sardónica, que repitió lúgubrementemente el eco sordo de la bóveda.

D^a Inés, con los ojos inyectados, y como queriendo salirse de sus órbitas, con los dientes apretados, con los brazos tendidos hácia adelante y las manos crispadas, se lanzó sobre D^a Laura, de la que solo podía descubrir el rostro.

El Señorito comprendió que iba á pasar allí algo mas horrible de lo que él estaba acostumbrado á ver, y sujetó á D^a Inés de la cintura para separarla de allí.

Pero D^a Inés habia alcanzado ya con su mano derecha la pared que cubria la puerta del nicho en que estaba encerrada D^a Laura, y se aferró con toda su fuerza de aquella pared para que el Señorito no la apartase.

Sin duda D. Guillen no habria logrado arrancarla de allí, porque aquella mano parecia un garfio de acero; pero repentinamente D^a Inés lanzó un grito agudísimo; era que D^a Laura habia logrado alcanzar con sus dientes uno de los dedos de aquella mano y apretaba y mordía con una especie de rabia.

El dolor que sufría D^a Inés era tan agudo que vacilaba y estaba próxima á desmayarse.

El Señorito procuró arrancar la presa á D^a Laura, pero D^a Laura no era ya la mujer dulce y resignada; no, era una fiera. Su respiración salía ajitada por sus narices, cuyos poros se habian dilatado extraordinariamente; sus ojos arrojaban llamas, apretaba los dientes con una especie de convulsión nerviosa que maceraba la carne, que rompía el hueso, y de sus labios corría mezclada con la espuma de la cólera la sangre que vertía la mano de D^a Inés.

—Soltad—soltad—gritaba espantado el Señorito.

—Me muero—decía D^a Inés retorciéndose con la fuerza del dolor, y llorando ya—me muero.

—Suelta, suelta—repetía D. Guillen golpeando la hermosa frente de D^a Laura y sus ojos.

Pero D^a Laura apretaba mas y mas y no contestaba sino por medio de un ruidido.

Entonces D. Guillen tuvo una inspiración y cubrió con su mano rápidamente la nariz de D^a Laura, para impedirle que respirara.

El remedio era infalible, porque la emparedada no podía hacer uso de sus brazos, resistió por un momento la sofocación. Poco á poco sus dientes se abrieron y D^a Inés retiró la mano; pero era ya tarde, el dedo de la dama estaba completamente despedazado.

D^a Inés lanzó un débil jemido, dió dos pasos vacilando y cayó desmayada en los brazos de D. Guillen que se habia apresurado á socorrerla.

D^a Laura la miró con una alegría feroz; luego como un tigre harto de sangre lamió la de D^a Inés que habia quedado en sus labios, y lanzó una estridente carcajada que hizo helar de espanto al Señorito.

D^a Laura habia perdido la razón.

Su imaginacion le presentó en aquel momento el cuadro mas espantoso; le pareció que D^a Laura se arrastraba herida por los pavimentos deseándole como su última esperanza.

Volvió á oír el jemido y creyó hasta reconocer la voz de la dama.

Regresó entonces rápidamente para su casa, llamó á todos los criados y les hizo armar y proveerse de hachas y de luces, y luego como si tratara de dar un asalto en forma, se dirigió á la casa de D^a Laura.

Los golpes que D. Lope habia dado á la puerta para llamar, el bullicio de los criados, las luces que llevaban, todo atrajó la atencion del vecindario, que se agrupaba á las ventanas y balcones, y no tardó en presentarse allí una ronda capitaneada por un respetable alcalde.

—¿De qué se trata aquí, señor caballero?—preguntó el alcalde.

—Trátase—contestó D. Lope sin detenerse—de que en esa casa se ha cometido un crimen.

—¿Crimen! pues téngase vuesa merced, que si crimen es, incumbe á la justicia que represento su averiguacion y castigo.

—Pues sígame vuesa merced, señor alcalde, y vamos abriendo la casa.

—¡Ah! señor caballero, ¡alto! que necesita procederse en orden para que en orden salga todo, y sentaremos como auto cabeza de proceso, la denuncia ó declaracion de vuesa merced, segun quiera ó no constituirse parte quejosa ó acusadora, ó á menos que vuesa merced prefiera que se siga el negocio de oficio, sin previo libelo.

—Mire vuesa merced, señor alcalde—contestó impa-

XIX.

De lo que pasó en la casa de D^a Laura entre D. Lope y la justicia.

ON Lope llegó, como lo tenia de costumbre en las noches, á visitar á D^a Laura. Durante el dia nada advirtió que le hiciese sospechar lo acontecido en la casa de la dama, porque como hemos dicho de esa casa nadie salia; nadie se asomaba.

D. Lope no miró á los balcones al llegar al zaguan y por lo mismo, tampoco notó que la casa permanecia oscura.

Llamó á la puerta, y contra todo lo que esperaba, nadie contestó: esperó un poco y volvió á llamar y sucedió lo mismo.

Entonces le asaltó un terrible presentimiento: algo extraño habia pasado indudablemente en aquella casa.

Pedobló los golpes á la puerta y aplicó el oido contra ella luego; y allá en el fondo de la casa, como saliendo de la profundidad de la tierra, oyó un jemido.

Creyó al principio que era una ilusion de su acalorada fantasía y repitió la prueba, y entonces se convenció que alguien gritaba ó se quejaba.

cientemente D. Lope—que antes que todo es socorrer á esas jentes desgraciadas.....

—Con arreglo á lo actuado....

—Voy á abrir—esclamó D. Lope arrebatando una hacha de la mano de uno de sus criados, y descargando sobre la puerta un terrible golpe que hizo saltar mil astillas antes de que el alcalde se hubiera podido oponer.

—Téngase á la justicia, señor caballero—esclamó el alcalde con cólera y golpeando el suelo con su vara—que preciso se hace que el escribano dé fé del estado en que se encuentra esta puerta.

—¿En qué estado se ha de encontrar si no cerrada!—esclamó D. Lope redoblando sus golpes en lo que le imitaron perfectamente sus criados.

—Téngase á la justicia—gritó el alcalde furioso por ver que nadie le hacia caso—señor escribano, dé vuesa merced fé de este atentado.

Y viendo que los golpes de las hachas seguian sin intermision y que la puerta vacilaba, comenzó á gritar:

—¡Favor á la justicia! ¡favor á la justicia!

Pero la curiosidad y la impaciencia dominaban á los alguaciles y á todos los curiosos que presenciaban aquella escena, que no estaban para perder el tiempo en fórmulas.

Las voces del alcalde se perdieron sin que el eco siquiera se tomase el trabajo de repetir las.

El alcalde comprendió la impopularidad de la escena, y calló avergonzado.

La curiosidad habia triunfado de la ley.

La puerta saltó al fin hecha pedazos; se oyeron entonces distintamente los gritos de una mujer que pedia socorro, y toda la multitud que se agrupaba en la puerta se lan-

zó dentro de la casa siguiendo á D. Lope y alumbrada por las torcidas que llevaban ardiendo los criados y por el vacilante farolillo de la ronda.

El alcalde fué arrollado lo mismo que los alguaciles en aquella carga, y nadie pensó en dejarle pasar por delante ni en detenerse para no atropellarle.

El alcalde comprendia su debilidad y se dejó conducir por la multitud.

Entonces la fuerza bruta triunfaba de la autoridad.

D. Lope, con una hacha en la mano, se dirigió á la escalera.

De repente dió un grito, y se detuvo; habia tropezado con un cadáver.

D. Lope visitaba todos los dias á D^a Laura y sabia que tenia tres esclavas: acercó una luz y reconoció el cadáver de una de ellas.

Tenia una puñalada en el pecho y el cráneo roto; indudablemente aquella infeliz habia sido muerta en el corredor y precipitada desde allí al patio.

D. Lope se apartó con disgusto y se dispuso á subir, pero el alcalde habia llegado ya con el escribano y algunos alguaciles y se detuvo para impedirle el paso.

—Téngase á la justicia, señor caballero, que no se puede pasar de aquí sin dar fé del cuerpo, y....

—Señor alcalde—esclamó furiosamente D. Lope levantando el hacha—si vuesa merced sigue estorbándome en estos momentos, por el santo de mi nombre que voy á hendirle el cráneo.

El alcalde se apartó de un salto, pálido y demudado, y aun quiso hacer otra tentativa gritando:

—Favor á la justicia....

Pero D. Lope pasó adelante y tras él la jente con tanta rapidez que el alcalde sin concluir su frase tuvo que seguir el movimiento, so pena de ser derribado y pisoteado!

Llegaron á los corredores y allí estaba otra esclava. Esta no tenia herida ninguna; algunos golpes no mas en la cara, pero estaba fuertemente atada contra una de las columnas que sostenian el techo.

De ella eran los gritos que habia escuchado D. Lope.

—¿En dónde está la señora? ¿qué ha sucedido? ¿qué es esto?—preguntó D. Lope rápidamente.

—Nada sé—contestó la infeliz sin salir aún de su asombro.

D. Lope comenzó á desatarla.

—Alto, señor caballero—esclamó el alcalde—eso lo hará la justicia.

—Por Dios, señor alcalde del demonio—dijo D. Lope volviéndose furioso y alzando el hacha.

El alcalde se eclipsó entre la multitud, pero no pidió ya favor á la justicia.

—Sígueme, guíame, vamos á buscar á D^a Laura—dijo D. Lope arrastrando casi á la esclava que apenas podia andar.

Registraron toda la casa; en la cocina estaba la otra esclava tirada en el suelo y atada de piés y manos.

De D^a Laura nadie sabia; en la cámara de la dama los muebles por tierra, rotos algunos; indicios de una lucha violenta; abierto uno de los armarios y vacío.

Aquello era un robo, pero ¿y D^a Laura? ¿qué habia sido de ella? si la habian asesinado, ¿en dónde estaba su cadáver? ¿en dónde su sangre? ¿por dónde habia salido si el zaguán estaba cerrado?

Todas estas preguntas dirijia D. Lope á las esclavas que nada podian contestar y que no hacian sino temblar y llorar.

D. Lope se dejó caer en un sitial como un loco y tiró el hacha que llevaba en la mano y se puso á llorar sin reflexionar que una multitud de curiosos le contemplaba con estrañeza.

—Referidme lo que sepais—dijo á las esclavas.

—Señor—dijo una—esta y yo estábamos en la cocina, cuando repentinamente entraron unos hombres, se arrojaron sobre nosotras y nos ataron como nos habeis encontrado: oimos gritos, golpes, ruido y luego nada; silencio: esto fué anoche; todo el dia lo hemos pasado así, muertas de sed y de hambre. . . .

—Esa declaracion que toma vuesa merced, es ilegal—esclamó el alcalde presentándose delante de D. Lope.

D. Lope se levantó furioso y buscando cerca de sí algo que arrojar á la cabeza del alcalde: afortunadamente su mirada no se posó en el hacha, sino en un gran cojin que tenia cerca; le levantó y antes que el alcalde pudiera evitar el golpe, le lanzó el cojin con tanta furia, y le acertó tan bien en medio de la frente, que el alcalde, atarantado, dejó escapar la vara, vaciló y cayó sentado en medio de las risas de la jente que le rodeaba.

—Favor á la justicia! favor al rey!—gritó levantándose furioso y buscando la insignia de su autoridad—prendan á ese.

Pero D. Lope habia desaparecido, y como un demente corria en direccion á palacio.

—Vaya, comencemos el proceso en forma, señor escribano—dijo calmándose el alcalde.

Y el escribano se adelantó sacando un inmenso tintero de cuerno.

Entonces la justicia comenzó á cumplir con su deber y las esclavas sufrieron una larga série de preguntas, y todas ellas á cual mas impertinentes.

Resultó que las esclavas nada sabian ni nada pudieron decir, pero que fueron á la cárcel para continuar el proceso.

Y la casa de D^a Laura fué cerrada, y sus puertas selladas de órden de la justicia.

XX.

De lo que el virey dijo á D. Lope y de lo que éste pensó respecto de la desaparicion de D^a Laura

URIOSO salió D. Lope de la casa de la dama, y sin reflexionar casi lo que hacia, se entró á palacio.

Aun no era tan avanzada la noche que el virey se hubiese ya retirado, y el jóven consiguió hablarle sin dificultad.

—Perdone V. E. que á horas tan inoportunas llegue á molestarle, pero háme ocurrido un lance que es para mí peor que si hubiera perdido la vida.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el virey temiendo que fuese algo de la conspiracion que le tenia tan sin sosiego.

—Es el caso, señor, que han asaltado una casa en donde vivia una dama á quien honestamente yo servia, y esa dama ha sido robada.

—¿Robada? aun creéis que hay mujeres robadas?

—Oh! sí, señor, porque quien conocia como yo á ésta, no podrá culparla jamas de liviandad: ademas, tres esclavas

la servian; una ha sido muerta de una puñalada y las otras dos se han encontrado en la casa atadas.

—Eso ya es mas grave; ¿conque estais seguro de que la dama no se ha ido por su voluntad?

—Seguro, señor: D^a Laura era incapaz de semejante cosa.

—¿D^a Laura habeis dicho!

—Sí, ¿la conoce por ventura V. E.?

—Vive en la calle del Reloj?

—Sí, señor.

—Gasta siempre tocas de luto?

—Sí, señor, sí, señor, la misma.

—¿Que Dios nos ayude! eso es para mí muy grave. . . .

D. Lope miraba espantado al virey, que parecia haber tomado el negocio con mucho calor despues que supo de quien se trataba.

—¿Sabeis la historia de esa dama?—preguntó.

—Sí, señor—contestó D. Lope.

—Pues siendo así, no ignorareis que vino por encargo especial de la reina nuestra señora, para que se la pusiera reclusa en un convento de monjas. Despues Su Majestad el rey, ordenó que saliese de la reclusion y viviese siempre en México y de las cajas reales se le ministren recursos suficientes; pero hay dos damas especialmente recomendadas por el rey, y á las cuales tengo de cuidar y vijilar, avisando á Su Majestad de cuanto hagan; es una, D. Laura, y la otra, D^a Inés de Medina; ved por qué este asunto es tan grave para mí, porque tendria yo que avisar á S. M. que D^a Laura habia sido robada, y esto cederia en mengua, del buen nombre de mi administracion. ¿Quereis ayudarme á buscar á esa dama?

—No deseo, señor, otra cosa.

—¿Y por dónde creeis que debemos comenzar?

D. Lope reflexionó; al principio nada le ocurría, perdido en un laberinto de conjeturas no encontraba en qué fijarse; pero de repente sintió que una luz repentina le iluminaba; recordó la conversacion que D. Antonio de Benavides habia tenido con D^a Laura delante de él, recordó que D^a Inés era enemiga de D^a Laura, pensó que D^a Inés era capaz de todo y que era la única persona capaz de atentar contra ella.

—Me ocurre una idea, señor—esclamó.

—Decid.

—Creo que D^a Laura ha sido robada y quizá asesinada por D^a Inés de Medina.

—¿Pero qué relacion. . . .?

—No sé cómo esplicar esto á V. E. pero estoy seguro de que D^a Inés odiaba de muerte á D^a Laura, y que D^a Inés es capaz de todo lo malo.

—Podiera suceder, porque como tal me la recomienda S. M. Y además, D^a Inés, cosa que hasta hoy nunca habia dicho, ha estado á verme ofreciéndome descubrir una conspiracion, cuyas pruebas ofreció traer aún cuando no ha cumplido. ¿De dónde puede ella saber algo?

—No lo sé, señor; aquí hay un misterio terrible que es necesario aclarar cuanto antes.

—Sí, reflexionadlo esta noche, y mañana temprano nos veremos.

—Me resigno, señor, á esperar hasta mañana, pero si algo descubro en esta noche. . . .

—A cualquiera hora venid, porque es asunto de importancia para mí.

—Me retiro, y voy sin descanso á inquirir hasta traer noticia á V. E.

D. Lope salió decidido á no descansar un momento como lo habia prometido al virey hasta encontrar á D^a Laura.

Al llegar á la casa observó que un hombre estaba parado en la puerta, puso la mano en la empuñadura de su estoque y avanzó resueltamente preguntando:

—¿Quién va?

—¿D. Lope?—preguntó el que esperaba.

—El mismo—dijo D. Lope—¿y vos?

—D. Gonzalo de Casaus.

—D. Lope se acercó, al principio con desconfianza, pero reconoció á su amigo y le tendió la mano.

—Gran novedad me trae—dijo D. Gonzalo.

—¿Qué hay?

—Uno de nuestros amigos acaba de decirme que el oidor D. Frutos ha contado á sus compañeros que una dama le ha participado que sabe ya donde están los papeles que venian en las cajas del marqués de San Vicente, y que esa dama ha ofrecido entregarlos muy pronto á la Audiencia: ¿podeis imaginar quién será esa dama y si será posible que entregue esos papeles?

—Oh sí!—esclamó D. Lope relacionando esta noticia con sus sospechas—ya me figuro quién es esa dama y quién es el que nos ha vendido.

—¿Quién?

—No me preguntéis, yo me encargaré de todo: adios.

Y D. Lope sin esperar respuesta ni decir mas á D. Gonzalo, volvió á tomar la direccion de palacio.

D. Gonzalo le vió alejarse y dijo para sí:

—Con muchos hombres de tanto celo y actividad podria

cambiarse en un dia la faz de una nacion . . . pero hay tan pocos.

Y embozándose en su capa se dirigió tranquilamente para su casa; una vez que D. Lope tomaba el negocio por su cuenta no habia ya que desconfiar.

Caminaba D. Lope, no ya fiado en vagas conjeturas, sino sobre un principio cierto.

Podia culpar á D^a Laura de ser la dama que habia ofrecido los papeles del marqués á la Audiencia, pero D^a Laura era incapaz de todo lo que no era bueno y jeneroso.

Habia una dama, luego esta debia ser D^a Inés: ¿quién la habia dicho dónde estaban esos papeles? indudablemente D. Guillen que le habia acompañado la noche que los recibió, y que le habia visto entrar en casa de D^a Laura.

Las relaciones que existian entre D. Guillen y D^a Inés no las conocia D. Lope, pero la dama habia ofrecido al virey descubrir la conspiracion, y debia ser porque contaba con aquel hombre, ó por lo menos con alguno de sus compañeros.

Pensando en esto, volvió D. Lope á presentarse al virey.

—¿Tan pronto de vuelta?—dijo éste.

—Sí, señor; tengo ya completa seguridad de que D^a Inés ha hecho robar á D^a Laura.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Un amigo acaba de indicármelo—contestó D. Lope mintiendo con proyecto.

—¿Y qué pensais?

—Que V. E. me dé una orden para entrar esta misma noche en la casa de D^a Inés.

—Pero . . .

—Creo que con una mujer así, es el único medio.

—Teneis razon: ¿ireis vos al cateo?

—Y llevaré jente de mi confianza.

—Bien.

El virey escribió rápidamente algunas líneas y dando á D. Lope un papel le dijo:

—Aquí esta la órden.

—Pues con el permiso de V. E. voy para no perder tiempo.

D. Lope se retiró precipitadamente para su casa.

Media hora despues salia de allí acompañado de tres hombres perfectamente armados y llevando todos faroles.

En ese momento sonaron las doce de la noche.

XXI.

De como el Señorito probó que era hombre que sabia cumplir sus promesas.

DOÑA Inés de Medina se retiró á su aposento dejando cerrada la bodega en que tenia á D^a Laura.

Pero llevaba en la mano la profunda m ordedura de la emparedada, y esto era verdaderam ente una enfermedad que nada tenia de lijera; al dia siguiente tuvo calentura y la fué necesario ocurrir á un médico.

D^a Inés dijo que un perro la habia mordido, y así pasó; el médico ordenó algunos remedios, y la vigorosa naturaleza de la jóven hizo lo demás.

Como en aquellos tiempos la medicina no estaba tan adelantada, las amputaciones eran menos frecuentes, y D^a Inés salvó la integridad de su persona merced á eso.

D^a Inés hizo llamar á Luis el criado que la acompañaba á todas sus expediciones y se encerró con él el dia que sucedió á los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

—Luis—le dijo—es preciso que te encargues de llevar la comida á esa mujer todos los dias.